

Emilio Junoy
El auto de Blasco Ibáñez
(*El Mundo* [Puerto Rico], 17-9-1923)

Paseando por la Calle de Santa María —como si dijéramos el bulevar de la muy heroica y siempre invicta villa de Puigcerdá— se me ha echado encima un «auto» suntuoso y despampanante.

Más veloz que los cuatro jinetes del Apocalipsis, por milagro no me ha hecho «cisco»; el susto no me lo quita nadie.

Todo el repertorio «blasfemante» de interjecciones de un carretero catalán se lo he dicho al flemático e imperturbable yanqui que guiaba el soberbio *Cadillac*.

—Pero, ¡válgame Dios! ¡Hay que ver! ¿Pero no es Blasco Ibáñez el señor que, «olímpico y mayestático», va en el «auto»...?

Y un grito de «¡Vicentet!» se me ha escapado del pecho.

No me equivoco. Es Blasco Ibáñez en persona, que se echa en mis brazos, diciéndome:

—¡«Xiquet», andaba buscándote, y preguntando por tu casa!

—Pues vamos a ella, que a la sombra de los álamos y de las acacias de mi jardín evocaremos las horas felices de nuestra juventud, cuando el «ideal» llenaba nuestras almas, el «Amor» encendía nuestros corazones y la palabra «Revolución» era la más sonora de nuestro verbo latino.

Interesante, en verdad, nuestra charla. Curiosísimas nuestras «confesiones».

Blasco Ibáñez está en la plenitud de su genio, circundado por una aureola de gloria mundial. Su palabra cálida y luminosa vibra como nunca, con la elocuencia nativa, que no se extingue.

Su fantasía meridional se desborda decorativa y brillante con resplandores de mar y cielo.

Es nuestra raza, que habla por su boca. Grecia, que resucita en nuestras playas levantinas. Platón y Demóstenes, que ponen cátedra en lo más alto del Pirineo, cerca del Canigó cantado por Verdaguer.

De todo hemos hablado. De lo que no puede decirse. De lo que no puede darse idea sin el pincel de un pintor valenciano o el buril de Benlliure.

—¿Te acuerdas, «xiquet», de nuestra Federación Republicana? ¿De nuestro mitin de Valencia, interrumpido a tiros? ¿Y de nuestro viaje a París, cuando con Rodrigo Soriano, Lerroux y Ricardo Fuentes andábamos afanosos a la busca y captura de un «caballo blanco» cargado de «milloncejos» para hacer la revolución que quizás deseábamos «no hacer»?...

—¡Qué tiempos aquellos! De nuestras propagandas, como de la maja de Goya, ya no queda «na». ¿Qué se ha hecho de aquel gran partido republicano, cuyas últimas ilusiones alimentó nuestra juventud entusiasta?...

—Yo vivo en Menton, en mi hotel Fontana-Rosa. ¡Mira qué coincidencia! Malvarrosa se llamó mi primera casita de Valencia, rodeada de nardos y claveles, Fuentes de las Rosas se llamaba ya, al adquirirlo, mi refugio de la Costa Azul. Vas a verlo... Lo componen tres cuerpos de edificio. Uno para habitaciones. Otro para comedor y salones. Otro para despacho, donde escribo mis novelas y he instalado mi biblioteca: unos veinte mil volúmenes.

»Por fin he resuelto el problema de mi vejez y del porvenir de mis tres «chicos» y de una «chica» que voy a adoptar.

—¿Qué «chica»? —pregunto intrigado y temeroso de ser indiscreto.

Y Blasco Ibáñez me contesta grave y solemne, como si dictase al notario su última voluntad.

—La novela española. No lo digas a nadie. Tú, aunque periodista, sabes guardar un secreto. Me propongo crear un premio anual para la mejor novela. En España no hay estímulos para el escritor de talento. La única perspectiva que allá en los horizontes del mañana vislumbra el hombre de genio es la miseria. Acuérdate de Pérez Galdós...

Y en este orden de ideas, el diálogo que va de lo chispeante a lo sublime el insigne valenciano me cuenta la odisea de sus luchas, en la Argentina, en Francia durante la guerra, su marcha triunfal después por los Estados Unidos.

—Aquello es fantástico. Hay que ver lo que es —exclama el gran novelador, como si fuera a preludiar el «fox» de *La montería*.

Y me habla de «films», de las ediciones de sus libros en inglés, de los millones de dólares que le han dado. La magia de su descripción evoca el recuerdo del Conde de Monte Cristo.

Pero mis palabras chocan con sus ideas de hoy, con la mentalidad de luchador robusto que en él se ha desarrollado.

Yo hablo en admirador ferviente de Lenin, en miembro futuro quizás de los «futuros soviets» de España. Blasco Ibáñez razona en capitalista millonario.

—Allí se es rico. Los ricos de tu tierra catalana son unos pobres diablos, con la cartera cuasi vacía de dinero y con la cabeza completamente vacía de ideas.

»El multimillonario yanqui merece serlo. Los obreros de los Estados Unidos saben que así como los soldados de Napoleón llevaban en la mochila el bastón de mariscal, ellos llevan encima la «fortuna». Por esto no son anarquistas, ni comunistas, como tus amigos.

En este momento surge ante mis asombrados un orador que no es el tribuno de Valencia, sino un tribuno nuevo, colosal, estupendo, que entona inspirado un himno que es la apoteosis del trabajo y del talento.

Y amenizando la inflamada arenga con anécdotas, me refiere Blasco la llegada, un día, del millonario Ford a sus talleres:

—Llamad a los obreros —ordena al director.

Y cuando se presentan, les dice:

—Hasta ahora os he dado el veinte por ciento de los beneficios líquidos. A partir de hoy, el cuarenta y cinco por ciento es vuestro...

Pero es tarde, y es hora de acabar esta crónica.

Blasco se va. Se marcha a recorrer el valle de Andorra, y su «auto» vuela por estas carreteras, dejando la estela luminosa del genio que ha triunfado.

Después, «Vicentet» recorrerá China y el Japón, las Indias, Egipto, Palestina...

¿Do va el auto de Blasco? :

¡Quién sabe do va!